



# Capítulo 1

## Revoluciones y luchas por la independencia: una visión latinoamericana (1804-1825)

1

### 1.1 Nuestro ser latinoamericano

Realizar un recorrido histórico sobre lo que hoy es Argentina presenta algunas dificultades que es necesario plantear antes de empezar: ¿desde dónde comenzamos a contar nuestra historia? ¿Quiénes son los protagonistas de la misma? ¿Desde qué perspectiva nos paramos para hacer ese relato? ¿Qué lugar tiene América Latina en el mismo? Todos estos interrogantes y muchos más se nos presentan cuando nos abocamos a la tarea de explicar nuestro devenir como argentinos. Y es que la Historia Oficial ha instalado en el sentido común colectivo una visión de nuestro país desde la óptica de la Patria Chica, desvinculado de la historia latinoamericana; una excepción, un apéndice europeo que con centro en Buenos Aires pudo escapar en buena medida de la “barbarie oscuramente pigmentada” del resto de nuestra región. Pero desde el momento en que tratamos de buscar un punto de partida para la Historia Argentina se nos presenta un dilema que solo puede ser resuelto entendiéndonos en el conjunto de América Latina, nuestra Patria Grande que nos conforma identitaria, cultural e históricamente.

Entendernos, entonces, en el marco de América Latina, forma parte de la revisión de nuestra historia, sin dejar de tener presentes las particularidades regionales que por supuesto existen. Es por eso que primero es necesario desandar el relato europeizante que nos incorpora a la modernidad con violencia al momento de su llegada, borrando todo accionar histórico previo a su arribo. Es por eso



también que es necesario recordar la resistencia indígena que se produjo ante la imposición de un modelo cultural y productivo que servía desde la lógica del extractivismo al desarrollo del capitalismo en Europa Occidental y que a partir de la conquista de América lograría mundializarse como sistema en un proceso que hoy tiene un peso fundamental en nuestras vidas. También debemos rescatar de esta etapa la posibilidad de pensarnos por primera vez como una unidad, gracias al proceso de mestizaje que a lo largo de toda Nuestra América nos dio una cultura compartida, un idioma y una historia de lucha que en todo el territorio latinoamericano mostró un pulso común, un devenir compartido.

Cuando pensamos en las revoluciones de emancipación, puntapié que suele plantearse para narrar las historias nacionales, no podemos dejar de ver esa sincronía, ese marco latinoamericano de lucha que se hunde en siglos previos de resistencias. Ya sea en las acciones cotidianas de los sectores populares para liberarse de la explotación a la que eran sometidos, como a través de procesos políticos cada vez más organizados que puntualmente durante el siglo XVIII empezaron a tener expresiones más resonantes. En los límites del territorio de lo que constituía en ese entonces el Virreinato del Río de la Plata el estallido más importante fue el liderado por Túpac Amaru, un movimiento que pasó de ser un reclamo por los excesos de los corregidores en las comunidades y el “mal gobierno”, a convertirse en una rebelión indígena contra todos los aspectos de un orden colonial que ya mostraba sus fracturas. Si bien el levantamiento fue derrotado y duramente reprimido, las huellas que dejó serían muy profundas y las ansias de justicia se verán renacer cuando estalle la revolución de emancipación. La continuación de esa lucha por parte de Túpac Katari en el Alto Perú, demostrará que las actuales fronteras son explicaciones insuficientes para pensar las rebeliones en nuestra región.

También tendrá un influjo fundamental la revolución iniciada en una pequeña colonia francesa, Saint Domingue, hoy mejor



conocida como Haití. Allí primero mulatos/as y libertos/as y luego negros/as esclavos/as se sumarán a los reclamos de Igualdad, Libertad y Fraternidad que la revolución francesa enarbolaba para sus ciudadanos. Sería entonces cuando verían que esos derechos no les serían otorgados por el simple hecho de ser personas racialmente definidas por Europa como sujetos específicos de la explotación más rapaz, por lo que su lucha se fue convirtiendo rápidamente desde un planteo democrático hacia una revolución independentista. En 1804, Haití nació en un mismo acto como la primera colonia independizada de América Latina y la única revolución esclava triunfante de la historia universal.

Esta conjunción de factores, en que se mezclan las acciones políticas latinoamericanas con los ideales libertarios derivados de la revolución democrática europea, se repetiría, salvando las especificidades propias de cada región, en general en toda nuestra revolución latinoamericana. La lucha por la igualdad y la democratización de la vida en América Latina fue el impulso central de los sectores populares de la región y también de sectores profesionales criollos que creían que era necesario transformar la realidad y destronar el absolutismo que regía sus vidas.

Hija de estas circunstancias, la revolución en el Río de la Plata forjará su base social en las masas gauchas e indígenas que en busca de la igualdad social y política dieron existencia a los ejércitos libertadores, al tiempo que en los sectores criollos profesionales que se incorporaron en general al compás de la revolución liberal europea, y particularmente con la revolución española. En el caso estricto de Buenos Aires, un hecho concreto conjugaría los espíritus rebeldes hondamente arraigados en la historia latinoamericana y los anhelos revolucionarios de los criollos que en suma buscaban trascender el sistema político y comercial colonial, absolutista y monopolista: las invasiones inglesas.



## 1.2 Las invasiones inglesas

El liberalismo en Europa se impuso definitivamente con la revolución francesa y la ola expansionista que esta generó a través del poderoso ejército napoleónico. Pero previamente había sentado sus bases materiales con la revolución industrial: fenómeno de múltiples innovaciones técnicas que acabaron por trastocar el sistema productivo en Inglaterra. Como su corolario, puede identificarse tanto el cambio en las relaciones laborales (trabajadores libres) como la incorporación de la máquina a los talleres, lo que arrojó un crecimiento exponencial en la producción de manufacturas que lanzaron a Inglaterra a la búsqueda de nuevos mercados de consumo.

Un capítulo de sus incursiones en esta campaña fueron las invasiones inglesas a la ciudad de Buenos Aires. La primera ocurrió en 1806 y el segundo intento, en 1807; ambos frustrados. La amenaza de una invasión británica no era en verdad una novedad ya que los primeros años del siglo estuvieron signados por constantes rumores; la incertidumbre, en todo caso, radicaba en cuál sería el lugar donde transcurriera, por Buenos Aires o por Montevideo, habida cuenta de la fuerte rivalidad colonial –comercial- entre ambas plazas. El misterio acabó por develarse en 1806: el rumor de invasión se mostró como cierto y fue por Buenos Aires. Al mando del almirante Popham y del general Beresford, los ingleses tomaron rápidamente la ciudad, prácticamente sin resistencia armada por parte de la población y con un Virrey –Rafael de Sobremonte- que optó por huir rumbo a Córdoba al momento de la toma del Fuerte.

En una primera instancia, los ingleses procedieron a saquear el tesoro bonaerense, fugando rápidamente los caudales a sus barcos. Una vez asegurado el botín, izaron su bandera en son de conquista e hicieron jurarse fidelidad de parte de las autoridades rendidas. Esto



provocó la reacción de parte de la población porteña al tiempo que dejó a Montevideo como única autoridad española, por lo que a pesar de la presencia amenazante de la escuadra de Popham orillando la cuenca del Plata, organizó una expedición en auxilio de Buenos Aires. Al mando de esta última fue designado Santiago de Liniers, un francés poco conocido por estas tierras, pero de formación militar franco-española que había luchado contra los ingleses en Europa. El 10 de agosto intimó al invasor la rendición de la plaza y se iniciaron los combates. La ciudad fue recuperada días después, rindiéndose los altos mandos ingleses el 12 de agosto y quedando algunos de sus cabecillas como prisioneros. Fue la Reconquista.

Pero lejos de emprender la retirada, los ingleses fondearon su escuadra en la desembocadura del Plata a la espera de refuerzos. Cuando éstos finalmente llegaron, a principios de 1807, se lanzaron hacia Montevideo, ciudad que ocuparon también con relativa facilidad. Destrozada la ciudadela y asentado su dominio oriental se confiaron en un segundo ataque sobre Buenos Aires. Pero ahora, ya alerta, Buenos Aires esperaba organizada a base de una inusitada participación popular, expresada tanto en las voluntarias incorporaciones a milicias como en la toma de decisiones públicas. Un ejemplo concreto de este fenómeno fue el Congreso General del 14 de agosto, convocado en principio como reunión de autoridades, pero ocupado finalmente por la irrupción popular festiva, lo que acabó por volverlo casi un Cabildo Abierto.

Entre Martín de Álzaga (Cabildo) y Santiago Liniers (improvisado jefe victorioso en la Reconquista), más los refuerzos de milicias embarcados desde la campaña oriental, gestaron lo que se conocerá como La Defensa: la expulsión definitiva de los ingleses del Plata, llevada a cabo por la lucha heroica de milicias populares (de ambos pueblos). Vencidos finalmente los ingleses, Santiago de Liniers fue elegido como nuevo Virrey.



Las consecuencias de las invasiones inglesas fueron importantes no sólo en lo estrictamente militar-territorial. Por un lado, se había revelado la ausencia militar de España en la defensa de esta parte del Virreinato, lo que llevó a ciertas autoridades a vislumbrar tempranos halos de independencia. Por el otro, la divulgación de la propaganda liberal y el correspondiente ingreso de mercancías baratas y novedosas inundando almacenes y pulperías - sobre todo en Montevideo, donde la estadía fue algo más prolongada-, ilustraba a algunos sectores acerca de las posibles ventajas del comercio libre<sup>1</sup>; por contraste, develó el estancamiento que suponía el restrictivo régimen monopolista español, últimamente reducido a un cerrado núcleo de comerciantes gaditanos. Una crisis en las relaciones comerciales que excedía en suma a la ahora insustancial “lucha de puertos” entre ambas ciudades, que otrora caracterizara a las riñas coloniales. Finalmente, y casi tan determinante como estas diferencias político-económicas al interior del propio poder, fue la auto-determinación de los pueblos, forjada también a ambos márgenes del Plata.

La participación popular<sup>2</sup> y el resultado victorioso de la misma, alertaban a los criollos sobre la autoría del propio destino. Un fenómeno de autonomía que era ya parte de la historia latinoamericana expresado tempranamente en la revolución de los comuneros del Paraguay y, más cercano en el tiempo, en las rebeliones alto y bajo peruanas de Túpac Amaru y Katari; pero que,

---

<sup>1</sup> Desde esta perspectiva, evidente ante el prohibitivo régimen monopolista, la historia oficial ha construido su relato –interesado- sobre la Revolución de Mayo: ha situado a las invasiones inglesas como su antecedente ineludible para reducirla en sus fines al propósito de libre-comercio con los ingleses. De igual manera procederá luego el revisionismo nacionalista, sólo que invirtiendo el juicio: acepta la interpretación de la historia liberal, pero para condenarla, de modo que la Primera Junta se presenta como un enclave pro-británico destinado a horadar la hispanidad y a frustrar el desarrollo soberano. En ambos casos, la línea histórica es Moreno-Rivadavia. En esta misma interpretación caerán, lamentablemente, ciertos revisionismos más populares, como el caso de José María Rosa.

<sup>2</sup> Consultas públicas, administración equitativa de recursos, donaciones y préstamos sin interés, conformación de milicias populares donde combatían conjuntamente campaña y ciudad; todas improvisaciones en defensa de España que, paradójicamente, abrían las puertas a la participación popular que terminaría socavando su propio régimen.



combinado con la crisis en las relaciones comerciales que dejaban los ingleses a su partida, abría nuevas alternativas políticas. Otra revolución debilitaría aún más decididamente al régimen absolutista español, que emergía del seno de sus mismas contradicciones y tan solo un año después, en 1808: la revolución española.

7

## 1.3 La revolución española y la revolución democrática latinoamericana

Hacia 1800, la revolución francesa que había derribado los privilegios nobiliarios y la concepción de que los reyes gobernaban por derecho divino inició una política expansionista con el ascenso de Napoleón. En 1808, con el pretexto de atacar Portugal, Napoleón invadió España y tomó prisioneros al rey Carlos IV y su hijo Fernando, a quienes obligó a abdicar el trono a favor de su hermano, José Bonaparte. Carlos IV era la expresión de una monarquía degradada y corrupta -sobre todo en la figura de su influyente ministro Manuel Godoy-, en tanto que su hijo Fernando VII, debido a su oposición a su padre y a la corte en general, encarnaba la posibilidad de una regeneración progresista, a tono con el clima de época.

Luego de las forzosas abdicaciones en Bayona, la familia real quedó presa en Francia. Ante esta situación, el pueblo español se levantó en armas contra el invasor y el 2 de mayo de 1808 comenzó una revolución nacional. La forma organizativa que tomó la revolución fue la creación de juntas populares que, al reasumir la soberanía, juraban fidelidad al rey cautivo, Fernando VII, último soberano legítimo y, en cuanto tal, única justificación posible de la retroversión del poder. Asimismo, era la única figura que el pueblo español aún conservaba prestigio en la desacreditada monarquía<sup>3</sup> y que podía aglutinar, al menos en el plano simbólico, las diversas

<sup>3</sup> En parte por su oportunismo en su relación con Napoleón -siempre cuidó de no alabarlo en público- y en parte por lo insólito del motín organizado contra su propio padre que oficiaba de Rey.



tendencias dentro de las juntas regionales. Efectivamente, surgían juntas a medida que se iban recuperando territorios; si bien los posicionamientos eran dispares en la mayoría de los casos mantenían en común el juramento de fidelidad a Fernando.

8

Por un lado, existía un sector que rechazaba los presupuestos ilustrados y que veía en la custodia de sus derechos la permanencia de la religión. Contrariamente, otro sector -moderadamente liberal- confiaba en su reformismo y apostaba al proyecto de instaurar una monarquía parlamentaria a su regreso<sup>4</sup>. Un tercer grupo, también liberal, pero que profesaba cierto descreimiento del reformismo borbónico, observaba la posibilidad histórica en la ola modernista napoleónica y no dudó en pasarse a sus huestes; aunque minoritario, nucleaba a personajes relevantes como Llorente, Cabarrús, Goya, Meléndez Valdés, entre otros. Por último, un cuarto sector definitivamente liberal revolucionario, que en un mismo acto rechazaba al invasor e identificaba a Fernando con una posible restauración absolutista y que, por lo tanto, sostenía una línea fuertemente anti-monárquica.

Más allá de esta heterogeneidad, en la mayoría de las Juntas preponderaban autoridades con títulos nobiliarios; sin embargo, las ideas liberales existían y se propagaban popularmente al punto tal que, en muchos casos, coexistían con las autoridades jerárquicas. Todo confluía en una misma lucha contra el invasor y la diversidad de posturas resultaban representadas por el rey cautivo. Tal como sostuvo Díaz. Plaja: "Una gran ventaja de estar ausente en una conmoción es que muchos pueden utilizar su nombre con objetivos

---

<sup>4</sup> Se amparaban para ello en la Junta que Fernando había creado previa su partida, al tiempo que en su intento de reunión de las antiguas Cortes. De hecho, cuando la Junta Central convoque a las Cortes, lo hará en nombre de Fernando VII, como quien sigue su legado.





diversos sin que él tenga que desautorizar, es decir, antagonizarse con ningún individuo o grupo”<sup>5</sup>.

Sin embargo, cuando se centralizó la conducción política mediante la creación de la Junta Central –primero en Aranjuez, luego mudada a Sevilla- las posiciones liberales lograron cierta preeminencia. En palabras de Rodolfo Puiggrós: “La lucha estaba planteada, dentro del movimiento de emancipación nacional, entre las fuerzas que querían renovar la sociedad española y las que procuraban mantener el antiguo orden de cosas (...) Los liberales más avanzados deseaban que la guerra emancipadora desembocara en la revolución democrática, mientras los absolutistas defendían a España para el despotismo de Fernando”.<sup>6</sup> En una primera instancia, los liberales dominaron la estrategia comunicacional de la Junta y, desde allí, lanzaban manifiestos muy duros contra la monarquía, cuestionando los pilares del régimen jerárquico y estamental.

En este contexto, en enero de 1809, la Junta Central de Sevilla dictó medidas revolucionarias contra la Inquisición y contra los títulos feudales y principios de la sociedad estamental, al tiempo que estimuló la libertad de prensa e imprenta y otorgó derechos ciudadanos. Respecto a América, declaró que los territorios de ultramar no eran colonias sino provincias y los convocó a la futura reunión de Cortes Generales para la sanción de una Constitución. Paradójicamente, los mismos ideales modernizadores impulsaba José Bonaparte, quien juraría una Constitución donde se les otorgaba a las colonias españolas de América y Asia la misma condición jurídica que a las provincias metropolitanas.

En este complejo panorama político también se encontraba presente Gran Bretaña que, en su carácter de principal enemiga de Napoleón, custodiaba con su escuadra la costa atlántica de la

<sup>5</sup> Díaz-Plaja, Fernando (1992): *Fernando VII: el más querido y el más odiado de los reyes españoles*. Barcelona: Planeta, página 70.

<sup>6</sup> Puiggrós, Rodolfo (1949): *La época de Mariano Moreno*. Buenos Aires: Partenón, página 86.



Península. Su presencia era tal que, ante la invasión napoleónica a Portugal, había logrado fugar a la familia real lusitana a Brasil. Al arribar a América, la Corte se instaló en Río de Janeiro manteniendo como regente al rey Juan VI y a su lado a su esposa y hermana de Fernando VII, Carlota Joaquina de Borbón; como secretario de Estado, la diplomacia británica colocó a Rodrigo Souza de Coutinho, y cerca suyo, al espía y contrabandista Felipe Contucci. Los hilos del poder se concentraban empero en “los Sydney Smiths”, es decir entre Sydney Smythe, conocido como Lord Strangford, y su homónimo Sydney Smith, jefe de la escuadra naval británica que había posibilitado la fuga. El nuevo entramado anglo-lusitano se apresuró a firmar, el 28 de enero, un tratado de libre-comercio, es decir la apertura de puertos del Imperio Portugués para el desembarco de la mercancía británica.

Mientras tanto, Napoleón avanzaba en la Península sin tregua. Cuando la Junta Central se vio amenazada –fruto de sendas derrotas militares y retrocesos territoriales hacia el Sur, donde custodiaba la escuadra británica- convocó desde Cádiz a luchar contra los virreyes y a constituir juntas. Pero las posturas absolutistas ya se habían fortalecido y estaba próximo a conformarse el Consejo de Regencia. A pesar de este retroceso y más allá de la poca efectividad de las medidas liberales de la Junta Central -dado su carácter fugaz- gran parte de las noticias que llegaban a Nuestra América se vinculaban con el espíritu liberal revolucionario del complejo y contradictorio proceso político que transcurría del otro lado del Atlántico.

Finalmente, a comienzos de 1810 en España se constituyó el Consejo de Regencia y los liberales revolucionarios fueron desplazados, resurgiendo así las posturas absolutistas en consonancia a la hegemonía que Napoleón lograba sobre la Península. Se extendió entonces, la sensación de que España estaba perdida y por lo tanto también la lucha anti-absolutista, lo que originó que muchos militares abandonasen el país con el propósito



de continuar la misma lucha en América (José de San Martín, por ejemplo). Ante esta situación, entre 1809 y 1811 estallaron en América revoluciones como una prolongación de lo ocurrido en España.

11

La misma lucha que se daba en España se trasladaba así a Nuestra América, siempre bajo el paraguas de Fernando VII. De este modo, algunas juntas adoptaron perfiles furiosamente absolutistas, como el caso de Javier de Elío en 1808 en Montevideo y otras, las más, un carácter democrático y anti-absolutista, como Chuquisaca, La Paz y Quito en 1809 y Caracas, Buenos Aires, Bogotá, México y Chile en 1810. En términos generales, asomaba el carácter latinoamericano, democrático y anti-absolutista de la revolución y, en casi todos los casos, se las Juntas desplazaban a los virreyes y juraban fidelidad a Fernando VII, pues resultaba también aquí el único presupuesto desde el cual reasumir la soberanía vacante. Es en esta sintonía se gestó la Revolución de Mayo.

## 1.4 La Revolución de Mayo

La existencia de distintas interpretaciones sobre la Revolución de Mayo obedece a la íntima vinculación que tienen la historia y la política: “la historia es la política pasada, y la política la historia presente”<sup>7</sup>. Y como en la política actual, en la historia también existieron distintos actores sociales desde donde se intentó conducir la revolución y, luego, desde los que se contó la historia enfatizando en sus respectivos proyectos políticos.

Los actores sociales que se enfrentaron en los sucesos de mayo se dividieron en dos grandes frentes: uno partidario del absolutismo y el otro heredero del liberalismo revolucionario -el “evangelio de los derechos del hombre”, como lo llamara San Martín-. El frente absolutista estaba conformado por la burocracia virreinal,

<sup>7</sup> Frase de Georg Winter, citada en Jauretche, Arturo (1959): *Política nacional y revisionismo histórico*. Buenos Aires: Peña Lillo, página 53.



las familias ligadas al monopolio comercial y la cúpula eclesiástica. En el frente democrático se encontraba la pequeña burguesía liberal-revolucionaria liderada por Castelli, Moreno y Belgrano -que cuenta con el apoyo de los activistas conducidos por French y Beruti (los “chisperos”)-, las fuerzas armadas expresadas en Saavedra, sectores populares de la Iglesia y la burguesía comercial nacida al calor del contrabando y establecida legalmente a partir de la declaración de libre comercio de 1809. Este último grupo contaba con un sector nativo y otro inglés, del cual sus mayores exponentes políticos, Bernardino Rivadavia y Manuel García. La Historia Oficial fue escrita desde la óptica de este último sector -profundamente probritánico y que tenía en el libre comercio su razón de ser- que se apropiaría de la revolución después de la caída de Moreno y especialmente a partir de la instauración del Primer Triunvirato.

Esta interpretación, es decir, la que considera la contradicción absolutismo-liberalismo revolucionario como principal eje de la etapa, se contrapone con la denominada historia oficial, quien en la pluma de su historiador pionero - Bartolomé Mitre- ha brindado otra visión al identificar como clave el enfrentamiento de un partido “patriota” y otro “españolista”<sup>8</sup>. De esta manera, la revolución contaría desde sus comienzos con un carácter nacional separatista y la jura por Fernando VII redundaría en una mera “máscara” o “manto” que estaría ocultando un indecible deseo independentista. Esta primera visión, -presente en forma implícita en la obra de Mitre, pero muy explícita en las revistas escolares de tipo Billiken- ha entrado rápidamente en crisis por sus propias limitaciones para la comprensión general de los hechos, lo cual no excluye la existencia de posturas particulares o sectoriales, pues existían posturas independentistas en ciertos revolucionarios incluyendo condenas o medidas contra españoles –como el decreto de Moreno que prohíbe a españoles el acceso a cargos estatales-; además de que hay

<sup>8</sup> Mitre, Bartolomé (1927): *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*. Buenos Aires: Librería La Facultad, páginas 204 y 205.



sobrada cobrada constancia sobre intentos de independencia negociada con Beresford en ocasión de las invasiones inglesas, o sobre los planes de Francisco de Miranda, o el proyecto carlotista<sup>9</sup>.

Desde distintas corrientes historiográficas se ha afirmado: “La lucha, como vemos, no era entre partidarios y enemigos de Fernando VII. Todos gritaban Viva Fernando; pero unos seguían el sistema de las Juntas y otros el del Consejo de Regencia. Debemos, pues, reconocer que la lucha era entre consejistas y juntistas, entre hombres divididos por intereses, como declaraba la Junta”<sup>10</sup>. O bien: “no era la fracción de los criollos contra los españoles: era de los arraigados contra los europeizantes, que no es la misma cosa”<sup>11</sup>. Finalmente, Norberto Galasso sostiene: “Algunos jefes del bando popular, escépticos respecto a las posibilidades de que España pueda desasirse de la dominación francesa, entrevén ya que, en el caso de consolidarse ese sometimiento, sólo se podrá ser consecuente con la bandera de la Libertad y los Derechos del Hombre, declarando la independencia. Pero ésta resulta apenas una conjetura que de modo alguno moviliza a los amplios sectores sociales. Aquello que unifica la protesta es, por ahora, la prosecución de la lucha iniciada en Madrid dos años tras y cuyo referente es Fernando VII”<sup>12</sup>. Como se pudo observar en la misma revolución española, más que una ilusión revolucionaria, Fernando VII oficiaba a modo de autoridad insoslayable a través de la cual reasumir una soberanía que, de acuerdo a la concepción pactista –jesuita- tan hondamente arraigada en el derecho hispano, se hallaba vacante y

<sup>9</sup> En este sentido, también es importante marcar que la palabra “independencia”, en una época en que no había una clara conciencia de “nación”, no necesariamente significaba separación política respecto de España, sino que podía comprender distintos espacios de autonomía, en términos de administración de gobierno, de fueros ante ciertas instancias, de representación en diversas instituciones coloniales. Asimismo, a veces encubría una prevención respecto al avance impetuoso de Francia (dueña de España, por el momento).

<sup>10</sup> Gandía, Enrique de (1960): *Orígenes desconocidos del 25 de mayo de 1810*, Orientación cultural editores: Buenos Aires, p.73.

<sup>11</sup> Rosa, José María (1974): *Historia Argentina (tomo II)*. Buenos Aires: Oriente, página 83.

<sup>12</sup> Galasso, Norberto (2005): *La revolución de mayo: el pueblo quiere saber de qué se trató*. Buenos Aires: EPN, página 44.



por tanto “retrovertía” al pueblo. Es por ello que por Fernando VII se referenciaron inicialmente tanto los sectores realistas como los revolucionarios.

Así pues, la lucha quedaba comprendida entre el absolutismo y el liberalismo revolucionario. Dentro del segundo grupo también existían diferencias que se conformaron luego, en dos proyectos políticos distintos: reducir la revolución a un mero cambio de gobierno donde los criollos tengan voz y voto y donde quede liberado el comercio; o hacer de la misma un proyecto de transformación real del régimen jerárquico democratizándolo desde sus mismas bases. Ante tal disyuntiva, la disputa al interior del frente revolucionario se desarrolló en torno a la conducción del mismo. Desde el comienzo se perfilan lo que Raúl Scalabrini Ortiz denominó “las dos rutas de Mayo”: una representada por Mariano Moreno y la otra, por Bernardino Rivadavia. Estos dos caminos o proyectos se enfrentarán a lo largo de nuestra historia. Los primeros meses el proceso revolucionario estuvieron hegemonizados por el morenismo, momento en el que se intentó implementar el “Plan Revolucionario de Operaciones”, programa redactado por el secretario de la Junta.

Los aspectos centrales del Plan pueden resumirse en 4 ejes: la búsqueda de apoyo popular, la política exterior, la democratización de la sociedad y el rol del Estado en la economía. De este modo, la necesidad de dotar al proceso de una base social de masas llevó a Moreno a señalar a Artigas como un hombre clave en la Banda Oriental. Respecto de la política exterior, se mencionaba la necesidad de ganar el apoyo de Gran Bretaña para defenderse tanto del absolutismo como de una supuesta invasión francesa, pero se señalaba el peligro que constituye este acercamiento transitorio, alertando el riesgo de caer bajo su dominio. En el aspecto político-social, el Plan buscaba asegurar la igualdad social como la única forma de resguardar la libertad, barriendo estructuralmente con todos los vestigios absolutistas. En el aspecto económico, Moreno planteó



por primera vez un problema que atraviesa toda nuestra historia: ante la ausencia de una burguesía nacional, era el Estado el que debía ocupar el rol unificador y ser el motor del desarrollo económico. Así proponía medidas avanzadas tales como como la expropiación de los mineros del Alto Perú, la protección de las producciones locales, la restricción de las importaciones (en especial las lujosas, a las que califica de “vicio corrompido”) y la distribución del ingreso, pues la riqueza en pocas manos es como “el agua estancada”.

Más allá de las discusiones por su autoría del Plan, lo cierto es que de mayo a diciembre de 1810 la Junta aplicó medidas en total sintonía con las contempladas en el documento. Se creó un fondo estatal para el impulso de la industria minera por considerarla una actividad estratégica; se llevó a cabo una distribución de tierras en la campaña bonaerense fijando el Estado las condiciones al dejar en manos de peritos su valuación y al prohibir las grandes extensiones obligando a sus propietarios a la venta; se apropiaron ciertas mercaderías de comerciantes ingleses irregularmente declaradas ante la Aduana con el objetivo de evadir impuestos, y se denegó el sistemático reclamo de estos mismos comerciantes por una rebaja arancelaria<sup>13</sup>; se estableció un decreto para la democratización del sistema jerárquico de las fuerzas armadas, cambiando particularmente los modos de ascensos y cortando de plano con los privilegios “desde la cuna”; se impulsó la primera fábrica de pólvora, a radicarse en Córdoba y otras dos de fusiles, una en Tucumán y la otra en Buenos Aires.

La revolución tuvo el apoyo inmediato de los cabildos de algunas provincias, en algunos casos, resultado de la presión ejercida por levantamientos rurales. Pero tuvo también rápidos desacatos. Al de Montevideo se sumaba el Alto Perú, mientras que perduraba la duda en torno al Paraguay; pero la oposición más

---

<sup>13</sup> La rebaja arancelaria a las importaciones se produciría recién con el advenimiento del Primer triunvirato, es decir cuando la burguesía comercial anglo-criolla acaba por adueñarse de la Revolución.



peligrosa se gestó en el Cabildo de Córdoba que se pronunció a favor del absolutismo y designó a Santiago de Liniers como jefe militar del movimiento insurreccional. La Primera Junta resolvió entonces el envío de una expedición militar y a principios de agosto logró sofocar el intento contrarrevolucionario; tras ciertas discusiones en torno al destino de los apresados, acabó triunfando la opinión de Moreno y éstos fueron fusilados a cargo de French y Castelli. Paralelamente, otro movimiento contrarrevolucionario se estaba planificando, esta vez desde las filas mismas del Cabildo de Buenos Aires, aunque más subrepticamente, a modo de complot y coordinado por el síndico Leiva. Alrededor del mismo se nucleaban ciertos comerciantes monopolistas ligados a Cádiz, que entre otras cosas veían peligrar sus caudales ante las medidas democráticas y a veces confiscatorias que pregonaba la Junta. Los complotados fueron finalmente descubiertos a mediados de octubre y arrancados de sus casas hacia la prisión. Ante la reunión de la Junta para analizar cómo proceder, terminó triunfando, esta vez, la postura moderada de Saavedra: los complotados, en lugar de ser fusilados, fueron desterrados.

## 1.5 La expansión de la Revolución y la convocatoria a un Congreso Constituyente

Con el objeto de expandir la revolución, la Junta envió dos expediciones militares: una auxiliadora al Paraguay, a cargo de Manuel Belgrano y, la otra, a cargo de Castelli que, junto al Ejército del Norte, marchó hacia el Alto Perú.

La expedición de Belgrano al Paraguay fue un fracaso. En gran medida el error había sido anticipado antes de las batallas: haber enviado una expedición militar en vez de continuar la persuasión a través de las circulares que, efectivamente, estaban estimulando la





rebelión. La Junta parecía desasirse de los históricos conflictos del pueblo paraguayo con los porteños desde el momento en que éstos le quitaran su lugar de Capital. Pero la expedición militar de la Junta operó a modo de catalizador en su contra y acabó por unificar las posturas autonomistas de hondo arraigo histórico, fenómeno que se acentuaría luego de las dos victorias militares paraguayas, Paraguarí y Tacuarí. Ante el infortunio, Belgrano tuvo que replegar a su tropa, desmoralizada, la cual finalmente descendió a la Banda Oriental, donde recibió el impulso renovador de dos nuevos desertores de la causa realista: José Rondeau y José Artigas, recientemente nombrados tenientes coroneles por la Junta, pasados a las filas patriotas para sublevar a la campaña oriental. Paraguay, por su parte, iniciaba un camino de autonomía que lo llevaría a su temprana independencia en 1811.

A diferencia del Paraguay, en la región andina altoperuana se venían realizando levantamientos que se expresaban en favor de la Junta, como por ejemplo los de Cochabamba y Oruro. En este contexto, marcharía Castelli con el ejército y derrotaría al realismo en la batalla de Suipacha (7-11-1810), la cual fue muy celebrada en Buenos Aires. Tomada Potosí, el gobierno de Castelli dispuso sendas medidas revolucionarias en favor de los indígenas de acuerdo a las instrucciones recibidas por parte de la Junta: distribución de tierras, potestad de los naturales para ocupar cargos públicos e igualdad en otros ámbitos entre españoles-criollos e indígenas, apertura de escuelas bilingües quechua-español y aymara-español, llamado a elección de diputados naturales para el Congreso General que reestructuraría la organización virreinal y, sobre todo, la liberación del pago del tributo. Todas medidas que se vieron sintetizadas en la célebre “Proclama de Tiahuanaco”, leída por Castelli en acto popular desde las legendarias ruinas el 25 de mayo 1811 como conmemoración del primer año de la revolución. El programa revolucionario de mayo gozó en un principio de una sana y



abrumadora popularidad y amenazó de muerte al absolutismo, debilitado y refugiado en el Virreinato del Perú.

Paralelamente, desde Buenos Aires, se trabajaba en la convocatoria a un Congreso Constituyente para la organización general de las Provincias Unidas, dejando en claro el carácter provisional de la Junta porteña y solicitando a las provincias el envío de un Diputado por cada ciudad o villa de las provincias. De esta manera, la conducción morenista comprendía que la revolución no podía agotarse en la Primera Junta -lo que redundaría en un monopolio porteño de la misma al mantenerse inalterada la estructura comercial del Virreinato- sino que debía tender a una reorganización general de las Provincias Unidas. Pero con la incorporación de los diputados del interior Moreno quedó en minoría y las tendencias conservadoras que se vieron fortalecidas, procedieron a formar la Junta Grande, forzar su renuncia y luego su exilio, que se produjo en la forma de un viaje diplomático por alta mar, en el cual morirá, presumiblemente envenenado.

## 1.6 Contrarrevolución en Buenos Aires

La burguesía comercial porteña, aprovechando el desconcierto y usando la cobertura militar que podía ofrecer Saavedra, movilizó a parte del suburbio bonaerense y desplazó a los morenistas de la Junta, torciendo el rumbo de la revolución en abril de 1811. Luego comenzó la persecución política. Se despojó a Belgrano del mando de la Banda Oriental y se lo citó a dar explicaciones a la Capital<sup>14</sup>. De igual manera ocurrió con Castelli, cuyo frente en el Alto Perú

<sup>14</sup> Al frente del mismo fue designado José Rondeau, aunque como se verá, la lucha popular comenzaba a desligarse del modo de ejército regular y se canalizaría en más a través de la "montonera", de las masas rurales que combatían "de a montón" y que encontraban sus líderes no en los militares reglados sino en los caudillos de campaña. En este formato se suscitarán los próximos triunfos orientales, entre los que se destaca el de Las Piedras, y de esta situación emergerá el liderazgo de José Artigas.



había sufrido un duro revés. Una serie de circunstancias fueron convirtiendo a la efectiva y por momentos festiva hegemonía revolucionaria en un desgaste que culminaría en la trágica jornada de Huaqui, donde el absolutismo retomó posiciones en todo el Alto Perú. Otro factor que debilitó al proceso revolucionario fue el fenómeno de desertión que se vio profundizado por la llegada de las noticias de la ruptura entre saavedristas y morenistas, fractura que se internó en el seno de las tropas y que quebró el espíritu de unidad. Por último, la tensión generada entre porteños y los pueblos andinos en torno a la cosmovisión religiosa fue aprovechada por el ejército realista quien etiquetó a los primeros, de “ateos” e “impíos” y atrayendo a muchas comunidades indígenas católicas a sus filas. Luego de la derrota en Huaqui, la contrarrevolución citó a Castelli a Buenos Aires –como había hecho con Belgrano- y lo sometió a un indigno juicio político.

Mientras tanto, Saavedra marchó al Alto Perú, por decisión propia, para intentar reorganizar al alicaído ejército del norte. La ausencia del ex presidente de la Primera Junta fue aprovechada por la burguesía comercial anglo-criolla quien realizó un golpe instaurando el Primer Triunvirato: la contrarrevolución estaba en marcha. Bernardino Rivadavia y Manuel de Sarratea fueron garantes de proteger los intereses de la burguesía portuaria al tiempo que bajo el auspicio de la diplomacia británica se dictó una fuerte rebaja en los aranceles de importación a las mercancías de aquel país. Algunas medidas progresivas como la declaración de la libertad de prensa o la prohibición de la introducción de esclavos, pudieron generar cierta esperanza del morenismo en el Triunvirato. Luego, cuando a poco andar, Rivadavia se demostrara como cabal expresión del comercio anglo-criollo, el morenismo pasaría a enfrentar al gobierno, sobresaliendo en esta labor la figura –de larga trayectoria revolucionaria- de Bernardo de Monteagudo<sup>15</sup>, que de recién llegado

---

<sup>15</sup> La figura de Monteagudo generaba gran admiración de parte de los morenistas. Llegaba a Buenos Aires con una honda reputación revolucionaria: había sido partícipe de la célebre revuelta de Chuquisaca en 1809, había sufrido cárcel, había experimentado el rigor de una condena a muerte finalmente no efectuada, había



a Buenos Aires se convertiría en severo detractor del grupo rivadaviano e impulsor ideológico del Segundo Triunvirato.

Pero, aunque la revolución tambaleaba en Buenos Aires, el ideal de mayo se había expandido ya por las Provincias Unidas.

## 1.7 La continuación popular de la Revolución de Mayo: Artigas y San Martín

En mayo de 1811, cuando la Junta Grande no había culminado aún su extradición de morenistas, Artigas y las masas orientales dieron un duro golpe al por entonces Virrey del Plata, Francisco Javier de Elío, en la batalla de Las Piedras. Sin embargo, luego de tamaña victoria, la Junta Grande envió a un ejército de línea al mando de Rondeau que tenía como objetivo retrasar el sitio a Montevideo, al tiempo que Sarratea fue enviado a Río de Janeiro a negociar con la diplomacia británica (lord Strangford) una salida pacífica a la situación. Durante el interregno -que tenía a las tropas juntistas cercandando la ciudad- Montevideo contraatacó por agua y bloqueó el puerto de Buenos Aires a través de la flota de Michelena, perjudicando así al comercio británico y bombardeando los contornos de la ciudad porteña a modo de presión para forzar el levantamiento del sitio. Asimismo, Elío solicitó tropas al ejército portugués de Río Grande do Sul al mando de Diego de Souza, quien invadió la Banda Oriental sin reparar en las gestiones diplomáticas. La invasión reafirmaría la desconfianza en las filas artiguistas, que impedidas del sitio y distantes del trato diplomático, organizaron en Tres Cruces “la primera Asamblea de los orientales”, donde surgió la resistencia a lo que se preveía como un acuerdo de paz a la medida de Buenos

---

fugado y, finalmente, se había destacado como “mano derecha” de Castelli en el Alto Perú. Por lo demás, sus brillantes artículos en *La Gaceta*, contenían una fuerte crítica al centralismo político que ya asomaba en el grupo rivadaviano y reclamaban firmemente la convocatoria a un Congreso para la organización nacional, en clara continuación del legado de Moreno. No pocos lo concebían en su pasión revolucionaria como “el nuevo Moreno”.



Aires. Finalmente, el presagio se cumpliría y, ya instaurado el Triunvirato, Sarratea firmó el Tratado de Pacificación merced al cual Rondeau retiró a sus tropas del sitio.

Esta claudicación motivó la desobediencia de Artigas, quien inició el “éxodo oriental”, bautizado por el paisanaje oriental “la redota”. Eduardo Galeano reflexiona sobre este épico momento “El pueblo en armas se hizo pueblo en marcha; hombres y mujeres, viejos y niños, lo abandonaban todo tras las huellas del caudillo, en una caravana de peregrinos sin fin”<sup>16</sup>. José Artigas cruzó la Banda e instaló su campamento al otro lado del río, en Ayuí (hoy Entre Ríos). Se convertía tempranamente en Jefe de los Orientales: “Un mundo entero me sigue, retardan mis marchas y yo me veré cada día más lleno de obstáculos para obrar”, reflexionó<sup>17</sup>.

Sin embargo, las hostilidades con Montevideo continuaban. Vigodet había reemplazado a Elío y, lejos de expulsar a los portugueses de la Banda Oriental como presuponía el tratado, los dejaba actuar, toda vez que contenían y debilitaban a las huestes artiguistas. Ante esto, Buenos Aires envió a Sarratea... ¡ni más ni menos que el artífice del tratado, y ni más ni menos que como jefe del ejército oriental! Las reacciones en el campamento artiguista fueron inmediatas, y más aún cuando éste, en lugar de subordinarse al líder natural que era Artigas, armó un campamento a pocas leguas e intentó cooptarles a sus jefes subalternos a base de dinero y otras argucias. Al mismo tiempo, Buenos Aires designó a Belgrano a custodiar el Rosario, ya que la escuadra españolista, ante la formal ruptura del armisticio, había retomado los bombardeos, en este caso por el curso del Paraná. Es aquí, febrero del año 12, que Belgrano levantó las baterías Libertad e Independencia, al tiempo que dotó a sus compañeros de armas de una escarapela e izó por vez primera

<sup>16</sup> Galeano, Eduardo (2004): *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires: Catálogos, página 155.

<sup>17</sup> Reyes Abadie, Washington (1986): *Artigas y el federalismo en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Hyspamérica, página 86.



la bandera nacional. El acto motivó las quejas por parte del Triunvirato, lo que sin embargo no impidió que ese mismo mes lo enviara a rearmar el Ejército del Norte, en un estado calamitoso y habida cuenta de los reiterados pedidos de renuncia de Pueyrredón.

Poco antes, en enero, había llegado José de San Martín a Buenos Aires, y junto a él otros militares: el espíritu liberal revolucionario de mayo volvía a la escena porteña ganando terreno la opositora Sociedad Patriótica. Belgrano, por su parte, había asumido la ardua responsabilidad de rearmar el Ejército del Norte; el estado en el que se encontraban las tropas era desolador y el ejército realista -mucho mejor pertrechado- avanzaba sobre el Alto Perú ingresando hasta Jujuy. Ante la imposibilidad de enfrentar al enemigo en esas condiciones, Belgrano convocó al pueblo jujeño a abandonar su ciudad dejando detrás de sí “zona arrasada” para que no pudieran abastecerse los realistas. A la heroica marcha del pueblo norteño en agosto de 1812 se la conoció como el “éxodo jujeño” y fue la estrategia excepcional que le permitió a Belgrano retroceder hasta Tucumán para luego enfrentar a los realistas en dos batallas decisivas (Tucumán y Salta) para sostener la presencia revolucionaria en el norte.

Entretanto Artigas, que ya entreveía un enfrentamiento prolongado con Buenos Aires, buscó ampliar alianzas e intercambió cartas con el Paraguay. Fruto de ello fue su envío de un emisario a Asunción, el cual volvió junto al capitán Laguardia y ayudas en tabaco y yerba para el campamento, aunque sin armas para resistir al portugués. Al informar Laguardia sobre sus impresiones del campamento artiguista, dirá a la Junta paraguaya: “Artigas es hombre de entera probidad, paraguayo en su sistema y pensamiento, y tan adicto a la provincia del Paraguay, que protesta guardar la unión con ella, aun rompiendo con Buenos Aires”<sup>18</sup>. Efectivamente,

<sup>18</sup> Cabral, Salvador (1978): *Artigas y la Patria Grande*. Buenos Aires: Ediciones Castañeda, página 17.



la alianza se hallaba cercana y, con ella, la posibilidad de que el Paraguay volviera a integrar las Provincias Unidas en clave de una independencia bajo el modelo federal.

En este contexto, en octubre del año 12 San Martín y Alvear lograron dar el golpe al Primer Triunvirato, cayendo el núcleo comercial rivadaviano y conformándose el Segundo Triunvirato. Volvían los aires democráticos al gobierno y desde esta perspectiva es que se convocó a sesionar a la Asamblea del año XIII, suerte de efectivización del Congreso organizador que convocara Mariano Moreno. Bajo el auspicio del proyecto morenista la Asamblea tomó las siguientes medidas: declaración la libertad de vientres; liberación a los indígenas del pago del tributo; eliminación los pocos títulos de nobleza que aún subsistían (medida más bien simbólica); abolición definitiva de los trabajos forzosos como la mita, el yanaconazgo, las encomiendas y otros servicios personales que pesaban sobre los indígenas; abolición de los Tribunales de la Inquisición, amparando así la libertad religiosa y los derechos individuales; liberación de la obediencia sacerdotal a jurisdicciones extranjeras, con lo se otorgaba autonomía a la Iglesia americana, echando las bases para la construcción de una Iglesia nacional, sin sujeciones ni a España ni a Roma.

Asimismo, existía voluntad política de avanzar hacia la independencia: la Asamblea se eximió de jurar por Fernando VII, al tiempo que estimuló la creación de un himno, una moneda y un escudo nacional; pero no se llegó a declarar la independencia.

En términos declaró “que ninguna tasa o derecho se imponga sobre artículos exportados de una provincia a otra; ni que ninguna preferencia se dé por cualquiera regulación de comercio o renta a los puertos de una provincia sobre los de otra; ni los barcos destinados



de esta provincia a otra serán obligados a entrar, a anclar o pagar derecho en otra”<sup>19</sup>.

Ante la expectativa generada por el cambio de gobierno, Artigas decidió enviar representantes a la Asamblea, con instrucciones precisas. Las mismas solicitaron lo que a esta altura el caudillo ya concebía como bases de su proyecto político: la declaración de la independencia respecto de la Corona de España, la apertura de los puertos de Colonia y Maldonado, un sistema confederado de pactos recíprocos entre provincias para la conformación del Estado, la libertad civil y religiosa, la retención de la soberanía, libertad e independencia para las provincias, la administración equitativa del comercio interior y exterior y de los derechos pagados por el mismo, y la recuperación de los territorios orientales que los portugueses habían ocupado con el beneplácito de la negociación porteña.

Por otro lado, escribe a la Junta paraguaya solicitándole el envío de representantes ya que su proyecto la consideraba una provincia más; procuraba allí equilibrar “el juego de sufragios en la asamblea con seis diputados nuestros, siete de esa provincia y dos de Tucumán decididos al sistema de la federación que manifiesta V.S. tan constantemente”<sup>20</sup>. Pero la junta paraguaya ya se hallaba bajo el liderazgo del Dr. Francia quien decisión reafirmar su aislamiento mostrándose contrario a cualquier tipo de alianza; prolegómenos de un desencuentro que costaría muy caro a la revolución latinoamericana.

Ante tales exigencias, los miembros de la Asamblea debatieron qué hacer con los representantes artiguistas. Los más cercanos a San Martín apoyaron su incorporación, pero los alvearistas criticaron las propuestas del caudillo. Finalmente, los diputados artiguistas

<sup>19</sup> Rivera, Enrique (1954): *José Hernández y la guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Indoamérica, página 85.

<sup>20</sup> Rodríguez Alcalá, Guido (2003): *Artigas y la independencia del Paraguay (correspondencia)*. Asunción: Servilibro, página 124.





resultaron rechazados y las relaciones entre el caudillo oriental y Buenos Aires se volvieron a interrumpir.

Los morenistas se hallaban dispersos, habiendo padecido el exilio y sobre todo sin la jefatura política que otrora los constituyera en opción de poder. Algunos habían pasado rápidamente a las huestes artiguistas, como el temprano caso de Manuel Artigas, primo del caudillo y cabecilla de chisperos en la Revolución de Mayo<sup>21</sup>; o el del mismísimo Domingo French, que, asistiendo a José Rondeau en el segundo sitio a Montevideo, coqueteaba con el artiguismo a quien terminan “cediéndole” la ciudadela. Sin embargo, la mayoría había caído bajo la égida de Alvear, que ante la marcha de San Martín para rearmar el alicaído Ejército del norte -luego de dos derrotas consecutivas de Belgrano-, pasó a hegemonizar el gobierno. Galasso afirma que este morenismo intentaba retomar el programa democrático de mayo, pero ya poseído de cierto “despotismo ilustrado” que rápidamente encontrará en el caudillo oriental a un furioso enemigo. Efectivamente, fue la retórica revolucionaria abstracta la que permitió la presencia de los diputados artiguistas en la Asamblea, pero al mismo tiempo su rechazo al verificar su proyecto por entre lo concreto de las instrucciones. Así, Artigas fue declarado nuevamente “traidor”, como otrora lo hiciera el rivadaviano Manuel de Sarratea, y abandonando el sitio que compartía junto a Rondeau, en secreto y por la noche, marchó el caudillo con sus gauchos en lo que se conoce como “la marcha secreta”.

En paralelo a estos desencuentros, se desarrolló el proyecto de San Martín quien conformó un ejército latinoamericano que acabará por concretar la liberación definitiva respecto de España. Fue en 1814 cuando Fernando VII recuperó el trono de España y adoptó posturas de corte absolutistas. Persiguió a los liberales españoles y envió refuerzos transatlánticos para combatir a los “rebeldes” en las

---

<sup>21</sup> Fallecido tempranamente en la batalla de San José, previa a la gesta de Las Piedras.



colonias. Ante este devenir de la revolución española, el proyecto de San Martín cobró aún más urgencia y sentido, ya que el absolutismo, aunque al parecer derrotado en Buenos Aires y el Interior, permanecía amenazante en el Alto Perú, Chile y Perú.

San Martín dejó el Ejército del Norte al convencerse de que en ese escenario sería imposible vencer a los realistas. Las sucesivas y fracasadas expediciones enviadas por Buenos Aires lo ilustraban de que tal vez no era ese el camino. En cambio, desde antes de la Revolución de Mayo habían surgido allí movimientos dirigidos por caudillos populares con base de criollos y pueblos indígenas que impedían eficazmente el avance de las tropas realistas. Martín Miguel de Güemes fue en Salta el máximo exponente (amado por sus paisanos y odiado por la oligarquía salteña) de esta guerra de guerrillas. Dejando en sus manos la defensa del Altiplano, San Martín se concentró en preparar un ejército continental capaz de derrotar de forma definitiva al absolutismo. Para esta tarea solicitó que se lo nombrara Gobernador de Cuyo. Su plan consistía en atacar a los godos en Chile y desde allí llegar a Perú, punto máximo del poderío español.

La participación de mujeres fue también fundamental en la gesta sanmartiniana. Miles de mujeres trabajando día y noche gratuitamente en la costura de uniformes, sirviendo de espías y guerrilleras, como Mercedes Sánchez o la maestra de postas Eulalia Calderón, o bien la cacica Rocco. Algunas de ellas padecieron incluso la tortura en manos de los realistas, como fue el caso María Cornelio Olivares y de la esclava negra Josefa Tenorio. Asimismo, la guerra de guerrillas, en que San Martín tanto confiaba para proteger la frontera norte, encontró en Juana Azurduy un liderazgo excepcional en el Alto Perú. La participación del pueblo en armar hacía posible la gigantesca empresa del cruce de los Andes.



Desde el gobierno de Cuyo San Martín comenzó la edificación de su Ejército. Para ello dictaminó la liberación de los esclavos a pesar de las protestas de la aristocracia ya que los admiraba como la mejor infantería de su ejército. Miles de negros y mestizos acudieron así al llamado de las armas. Luego, a partir del Estado planificó la utilización de los recursos propios movilizándolo y apelando a la participación de las mayorías. El Estado cuyano creó fábricas y talleres (de pólvora, armas, herrería, calzado y vestimenta), se impusieron contribuciones forzosas, se expropiaron propiedades a los españoles monárquicos, se impulsó la minería y la agricultura estatal, se decretó un impuesto a la tierra y la utilización de los diezmos y bienes religiosos por parte del gobierno; se requisaron caballos, mulas y ganado a los estancieros. La ruta de mayo que parecía eclipsarse en Buenos Aires ante su efectivización en manos del artiguismo, aparecía ahora también en Cuyo con San Martín<sup>22</sup>.

San Martín también exigió esfuerzos a las provincias interiores, que colaboraron contra reloj en la preparación de la campaña emancipadora. Tucumán y Catamarca intensificaron la fabricación de monturas; San Luis aportó salitre, ponchos, frazadas y pedernal; la fábrica de pólvora de Córdoba, instalada por decreto de la Primera Junta aportó espadas, sables y lanzas; San Juan y La Rioja hicieron lo propio con el plomo<sup>23</sup>. De todas las provincias llegaron hombres para ocupar un lugar en el ejército sanmartiniano. También llegaron gran cantidad de soldados de la Capitanía de Chile ya que el ejército no poseía un carácter nacional en cuanto argentino sino americano. Así, la bandera que escala los Andes no era la insignia creada por Belgrano sino la "bandera de los Andes" que poseía una franja azul celeste y otra blanca<sup>24</sup>. Esto muestra el carácter americano de la

<sup>22</sup> San Martín pidió expresamente a Buenos Aires que se le enviara una copia de la colección de *La Gaceta*, donde Mariano Moreno había plasmado lo medular de su pensamiento político.

<sup>23</sup> Astesano, Eduardo (1961): *San Martín y el origen del capitalismo argentino*. Buenos Aires: Coyoacán, páginas 42 y 43.

<sup>24</sup> La bandera de los Andes contaba con dos franjas, una celeste la otra blanca. Mitre había afirmado que en realidad se trataba de la bandera argentina pero que las damas encargadas de cocerla, ¡se habían quedado sin tela celeste! En realidad,



revolución que luego se conjugará con la lucha también americana que Simón Bolívar había comenzado desde el norte de América del Sur.

San Martín, el general de más de 30 batallas en España, que en la lucha misma había sido ganado por las ideas del liberalismo revolucionario, levantaba ahora un ejército sudamericano para combatir al absolutismo que, paradójicamente, recibía refuerzo de tropas desde la misma España. Para poder explicar este fenómeno desde la óptica de “revolución contra España”, Mitre apeló al llamado de ciertas fuerzas telúricas, que habrían recordado a San Martín que era “argentino” y no español, y que por tanto debía retornar a combatir al ejército que lo había formado. Pero la cuestión se explica por otro fenómeno: en América la revolución fue inicialmente democrática acompañando el proceso español, pero luego, una vez que Fernando VII volvió al poder en 1814 tras la caída de Napoleón y emprendió una política absolutista, la revolución se tornó independentista como única manera de conservar y profundizar las conquistas democráticas. Por eso el desplazamiento del virrey se produjo en 1810 y la independencia, 6 años más tarde. En este interregno se forjó el ejército sanmartiniano donde se hermanaron españoles peninsulares ganados por las mismas ideas que San Martín con negros, mestizos y pueblos originarios. El devenir insoslayablemente independentista de la revolución que ya había asomado en la clarividencia de las instrucciones artiguistas, se concretaría a la brevedad.

## 1.8 El Congreso de los Pueblos Libres

---

como el Ejército de los Andes no era argentino sino americano, San Martín quiso crear una bandera para la ocasión, ya que quería que la lucha fuera de todos los americanos, sin distinción de regiones o territorios.



El año 15 comenzó con Alvear regresando a los círculos del poder, en este caso como Director Supremo, alejándose definitivamente de San Martín y de Artigas

Ante la falta de base popular, la burguesía comercial se embarcó en maniobras arriesgadas tales como la gestión de un protectorado inglés, gestionado por el mismísimo Director Supremo a través del rivadaviano Manuel García; o la de una monarquía negociada en Londres, a donde fueron Belgrano y Rivadavia en misión diplomática.

Así, mientras desde Buenos Aires se buscaban apoyos extranjeros para la independencia, Artigas aumentaba su influencia en las provincias del litoral y pregonaba una libertad sin sujeciones fundada en la soberanía popular. El año 15 comenzó con importantes derrotas militares porteñas y con nuevos lugartenientes que se sumaban a la causa del caudillo: en enero, Soler derrotaba a Manuel Dorrego en la batalla de Guayabos, forzando la retirada porteña de Montevideo y el reingreso de las tropas artiguistas; en marzo, Córdoba y Santa Fe sacudían ambas el yugo porteño plegándose también a la causa artiguista, ahora con Montevideo como posible puerto de salida para sus mercaderías. Artigas consolidaba así su influencia en el Litoral y ganaba adhesiones en la zona mediterránea. En este contexto, volvió a escribirle al doctor Francia: "Que usted se decida y que, entrando en una combinación exacta conmigo, demos a la América un ejemplo grande de moderación, circunspección y firmeza, haciendo llevar al cabo el sistema sacro-santo de equidad que sirvió de objeto a nuestra gloriosa revolución. Usted sabe que es preciso aprovechar los momentos"<sup>25</sup>. Pero no hubo caso, el Dr. Francia permanecía en su aislamiento y esta carta no fue respondida.

<sup>25</sup> General Artigas en Paraná, 21 de abril de 1815, al Señor Supremo Dictador de la República del Paraguay.



Cuando en abril cayó Alvear, luego de la sublevación del ejército que enviara para reprimir a la montonera, la influencia de Artigas llegaba a su máxima expresión. Fue en estos momentos, ya en su carácter de “Protector de los Pueblos Libres”, que formalizó la convocatoria a un Congreso a fin de concretar la organización nacional confederal. Es el “Congreso de Oriente”, también conocido como “Congreso de los Pueblos Libres”. Enviaron diputados Entre Ríos, La Banda Oriental, Córdoba, Santa Fe, Misiones y Corrientes, estas dos últimas representantes indígenas. Hasta último momento se intentó la negociación con Buenos Aires y su envío de representantes, pero la ciudad-puerto no era capaz de aceptar una organización nacional confederal entre iguales. El Congreso sesionó a partir de junio de 1815 y habría declarado la independencia, “habría” porque no se han conservado las actas y todo lo que puede saberse es por deducciones a partir de la correspondencia de los distintos cabildos de sus provincias componentes. En paralelo, San Martín presionaba a Buenos Aires para que declarase la independencia.

Ya decretada la ruptura, Artigas instaló su campamento en Purificación y se dedicó a gobernar la Banda Oriental, al tiempo que custodiar las provincias que autónomamente comprendían su “Confederación de los Pueblos Libres”. Como gobierno, llevó adelante el proyecto que tantas traiciones porteñas le había motivado: habilitó al comercio los puertos de Montevideo, Maldonado y Colonia (quebrando así el monopolio porteño), protegió las industrias artesanales mediante la imposición de aranceles a la mercancía competitiva extranjera, estimuló la democracia popular en las decisiones públicas, promovió la unidad continental (algo que ya había anticipado al rechazar la independencia de “Uruguay” con que Alvear había querido sobornarlo) y, en los términos propiamente productivos, llevó a cabo una reforma agraria: el 10 de septiembre de 1815 estableció el “Reglamento Provisorio de las Provincia Oriental para el fomento de la campaña y seguridad de sus hacendados”, por



el que “los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suertes de estancia, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la provincia”<sup>26</sup>. La tierra en manos de quien la trabaja.

31

Esta audaz política agraria, al tiempo que le restó el apoyo estanciero y comercial de Montevideo, le sumó el de las masas indígenas de las Misiones, que al mando de Andrés Guazurará se sumaron a la Confederación artiguista. Éstas se veían atraídas no sólo por la posible aplicación del reglamento (en principio circunscripto a la campaña oriental), sino también por la democracia popular impulsada por el Protector, lo que daba a los guaraníes un pie de igualdad con los criollos. En los hechos, “Andresito” fue el único gobernador indígena de nuestra historia, gobernando la Provincia Grande de Misiones, es decir controlando política y militarmente las actuales provincias de Misiones, Corrientes y parte de Entre Ríos. Ha levantado un poderoso ejército de guaraníes que en más peleará contra portugueses y paraguayos para sumarlos a la Confederación.

Artigas fue uno de los pocos caudillos que a la par de la lucha contra el realismo, enfrentó al centralismo porteño. En palabras de Jorge Abelardo Ramos: “A diferencia de San Martín, que se asignó la misión de extender la llama revolucionaria a través de los Andes y sólo le cupo luchar contra los realistas, lo mismo que Bolívar y Moreno, Artigas se erigió en caudillo de la defensa nacional en el Plata y al mismo tiempo en arquetipo de la unidad federal de las provincias del Sur. Defendió la frontera exterior, mientras luchaba para impedir la creación de fronteras interiores. Fue, en tal carácter, uno de los primeros americanos y, sin disputa, el más grande caudillo argentino”<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> Bruschera, Oscar (1971): *Artigas*. Montevideo: Biblioteca de Marcha, página 153.

<sup>27</sup> Ramos, Jorge Abelardo (1999), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Buenos Aires: Distal, página 48.



## 1.9 La independencia de las Provincias Unidas del Sur

Bajo el auspicio y pedido de San Martín, el Directorio convoca a otro Congreso, a realizarse en Tucumán. Allí, se reunieron diputados de Buenos Aires, Córdoba, Catamarca, Mendoza, San Juan, San Luis, La Rioja, Tucumán, Charcas, Mizque y Chichas (estas últimas tres provincias actualmente pertenecen al territorio boliviano). Declaró finalmente la Independencia el 9 de julio de 1816.

En este Congreso se presentaron importantes debates no solo sobre la necesidad de la declaración de la independencia en un contexto de avance del absolutismo en toda Europa, sino también en torno a la forma de gobierno a adoptar y el dictado de una Constitución. Belgrano fue uno de los convocados a exponer en las sesiones secretas que se desarrollaron esos días, momento en que presentó su proyecto de una monarquía incaica como modalidad de gobierno más apropiada para estas tierras. La propuesta de Belgrano se fundamentaba en las dificultades que consideraba que tendría la nueva nación independiente en conseguir apoyo y sostener la independencia en el medio del regreso al esquema de monarquías en Europa. A su vez, planteaba la necesidad de fundar esta monarquía sobre la base de una unidad territorial más amplia, con gobernantes legitimados por la propia historia americana y con una alternativa al poderío portuario que se instalaba rápidamente en el Río de la Plata. En efecto, Belgrano incluía dentro de su alocución la idea de trasladar la capital de la naciente nación a Cuzco como una forma de contraponer la posición de Buenos Aires.

El proyecto de Belgrano fue juzgado como absurdo y sin base real por la Historia oficial. Bartolomé Mitre lo caracterizó como “extravagante en la forma e irrealizable en los medios (...) tenía su razón de ser en la imaginación y no en los hechos, que a veces





gobierna a los pueblos más que el juicio”<sup>28</sup>. Pero, si esto fue así, ¿por qué se dedicaron tantas sesiones a debatir este tema?, ¿por qué obtuvo el apoyo de gran parte de la población? A diferencia de lo planteado por aquella historiografía, Belgrano logró el apoyo de líderes populares tales como San Martín y Güemes. Tal como se desprende de los documentos de la época, en aquellos días los pueblos originarios se mantuvieron atentos y preparados para defender por las armas esta propuesta. Belgrano afirmó: “la dinastía de los incas por la justicia que en sí envuelve la restitución de esta casa despojada del trono por una sangrienta revolución, que se evitaría para en lo sucesivo con esta declaración, y el entusiasmo general que se poseerían los habitantes del interior”<sup>29</sup>.

Pero Buenos Aires se opuso a la propuesta. Rivadavia reflexionaba “cuanto más medito el proyecto menos lo comprendo”<sup>30</sup>. Con argumentos racistas el diputado Anchorena afirmó que le resultaba impensable que “se piense en un monarca de las casta de chocolates, cuya persona si existía probablemente había que sacarla cubierta de andrajos de alguna chichería para colocarla en el elevado trono de un monarca”<sup>31</sup>. La crítica de Buenos Aires estaba basada en la ausencia de un candidato apto para ser coronado. Estas críticas eran infundadas, había varios candidatos posibles. Uno de ellos era don Dionisio Inca Yupanqui, nacido en Cuzco y educado en España. Hombre con experiencia militar e ideológica semejante a las de San Martín, coronel de un regimiento de Dragones de España y diputado de las Cortes de Cádiz en 1812. En estas se había destacado por la lucha de la igualdad de los

<sup>28</sup> Mitre, Bartolomé (1927): *Historia de Belgrano*. Buenos Aires: Editorial Científica y Literaria Argentina. Tomo III, página 5.

<sup>29</sup> Informe secreto de Belgrano al Congreso citado en Galasso, Norberto (2011): *Historia de la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Colihue. Tomo I, página 179.

<sup>30</sup> Carta de Rivadavia citado en Romero Carranza; Rodríguez Varela; Verntura Flores Pirán (1971): *Historia política de la Argentina desde 1816 a 1862*. Ediciones Panne, Buenos Aires, 1971. Tomo 2, página 422.

<sup>31</sup> Carta de Tomás de Anchorena a Juan Manuel de Rosas del 4/12/1846, citada en Irazusta, Julio (1962): *Tomás de Anchorena*. Buenos Aires: Editorial Huemul, páginas 23 y 55.



americanos españoles e indígenas con los metropolitanos, defendiendo principios democráticos de avanzada, tales como “Un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre”. Otro candidato era el hermano de José Gabriel Túpac Amaru, Juan Bautista Túpac Amaru, participó activamente en la sublevación que encabezó su hermano por lo que estuvo en prisión en España hasta 1822, año en el que regresa a Buenos Aires y recibe una pensión, bajo el título de 5º nieto del último emperador del Perú. Era el símbolo viviente de la sublevación indígena. Pero Buenos Aires consideró inválidas estas alternativas políticas y presionó para que el Congreso continuara sesionando en Buenos Aires, lejos del pueblo mestizo e indígena del noroeste y del Alto Perú.

Nacían así en las Provincias Unidas de Sudamérica y se elegía a un nuevo Director Supremo para continuar su gobierno desde Buenos Aires. Una vez derrotado el orden absolutista y declarada la independencia, la discusión central giró en torno a la forma de organización política. Pero el absolutismo permanecía amenazante en Chile, Perú y el Alto Perú, lucha que continuará Don José de San Martín.

## 1.10 La frustración del proyecto de unidad continental

Después del Congreso de Tucumán, la Revolución continuó su rumbo hacia Chile y Perú. Paradójicamente, en el Litoral el proyecto artiguista, confederal y proteccionista, comenzó a encontrar grandes dificultades resultado de los múltiples desencuentros -con San Martín y Francia, aunque también con Güemes y el morenismo- y, en particular, de la decisión de Buenos Aires de pactar la invasión portuguesa a la Banda Oriental en 1816.

San Martín en tanto, triunfó en Chile -en las Batallas de Chacabuco (1817) y de Maipú (1818)- y, desobedeciendo las



órdenes porteñas para que regresara vuelva a reprimir a las montoneras del litoral, marchó hacia el Perú para aunar fuerzas con Simón Bolívar. Libertador de la Gran Colombia. La llama revolucionaria que Buenos Aires se empeñaba en apagar mediante sus reiterados pactos y traiciones, se avivaba ahora con el encuentro de los dos libertadores que finalmente se produjo en Guayaquil, Ecuador.

El año 20 fue crucial. Si por un lado renacía en Guayaquil la posibilidad de la unidad latinoamericana, por el otro, se frustraba al claudicar los lugartenientes artiguistas del Litoral, López y Ramírez que, luego del triunfo militar sobre Buenos Aires, firmaron el Tratado del Pilar donde capitularon frente a los intereses portuarios. Simultáneamente a la firma del Tratado, Artigas fue finalmente derrotado por los portugueses en Tacuarembó y, meses después por Ramírez, su lugarteniente que ante el cambio de circunstancias decidió a enfrentarlo. Era el fin del artiguismo.

En 1824, mientras que Bolívar desterraba definitivamente al realismo en la batalla de Ayacucho, la burguesía rivadaviana había desarticulado el proyecto artiguista y montado las bases de la hegemonía porteña a partir de una estrecha asociación con el capital inglés en torno a puerto y aduana única que imposibilitarán en más la integración regional. El trágico período rivadaviano, rotulado por la historia oficial como “feliz experiencia”, logró imponerse a costa de innumerables traiciones. Si a lo largo de la década del 20 las disputas se expresaron políticamente en la disyuntiva unificación-balcanización, y económicamente en el dilema proteccionismo-librecambismo, la experiencia rivadaviana fue, sin dudas, la expresión pionera de la alternativa balcanización-librecambismo.

En el orden económico, su librecambismo se expresó en la sumisión absoluta al capital británico con la creación de bancos, la



contracción de empréstitos<sup>32</sup> y la apertura económica<sup>33</sup> con base en el monopólico usufructo de las rentas aduaneras. A tal punto que, para restringirle el acceso a la campaña bonaerense, federalizó parte de la provincia reteniendo la ciudad y zonas aledañas; es decir, la aduana y el puerto quedaron para exclusivo beneficio de la burguesía comercial anglo-criolla. Algunos historiadores juzgan esta medida como pionera de la “organización nacional” y de la “nacionalización de la Aduana”; en realidad, no fue más que la consolidación jurídica del dominio porteñista sobre la Aduana y el intento de constituirse en autoridad nacional para el trazado de negocios en las provincias, como fue el caso de La Rioja y sus minas donde el propio Rivadavia, luego de haber sido elegido presidente –en palabras de Fermín Chávez- “...pudo escribir entonces a la casa Hullet Hnos. de Londres: `las minas son ya, por ley, propiedad nacional y están exclusivamente bajo la administración del Presidente’”<sup>34</sup>.

En el orden político, la balcanización se expresó en la sanción de dos cartas magnas centralistas y unitarias (1819 y 1826) y, más concretamente, en el estímulo a la lisa y llana disgregación territorial: en 1825, se reconoció la independencia de Bolivia y, al culminar la etapa, se entregó la Banda Oriental. Ganada la guerra con Brasil, el gobierno porteño envió a la negociación a Manuel García, quien

---

<sup>32</sup> Se suponía que el préstamo Baring Brothers estaba destinado a realizar obras como el mejoramiento del Puerto y la ampliación de la infraestructura sanitaria. Algunos afirman que en realidad endeudarnos fue el “precio de nuestra libertad” para que Inglaterra reconociera nuestra independencia: forma extraña de comenzar la historia de un país libre. En rigor, el empréstito fue de 1.000.000 de libras (moneda inglesa). Pero por comisiones a quienes fueron a negociar el préstamo, (entre ellos Manuel García, amigo personal de Rivadavia), gastos, impuestos, etc. sólo nos correspondía recibir 552.700 (casi la mitad). Para peor, este dinero... ¡tampoco llega! Sólo se tiene registro del ingreso de 160.678 libras. ¿Qué pasó con las 412.700 sobrantes? Un misterio más de nuestra historia. Finalmente, el préstamo se termina de pagar casi cien años después por un total de 5.000.000 de libras. Además de un hecho de corrupción, una verdadera estafa.

<sup>33</sup> “Habrà entre todos los Territorios de su Majestad Británica en Europa y los Territorios de las Provincias Unidas del Río de la Plata una recíproca libertad de comercio...” (Artículo 2º del *Tratado de amistad, comercio y navegación* con Gran Bretaña, 1824).

<sup>34</sup> Chávez, Fermín (1980): *Historia del país de los argentinos*. Buenos Aires: Theoria, página 169.



insólitamente aceptó la incorporación de la Banda Oriental al Imperio del Brasil como “provincia cisplatina”. García había recibido la orden de terminar la guerra a cualquier precio. Buenos Aires necesitaba que el ejército retornara porque el interior se había levantado en armas. Ante el escándalo que esto supuso -en Buenos Aires, pero sobre todo en el interior-, se volvió a negociar y la diplomacia británica logró finalmente su cometido: la creación del “Estado tapón”, ni platense ni brasileño: la independencia de Uruguay. Fue el fin de la experiencia rivadaviana.

En otras latitudes, Bolívar hizo un último intento de unidad continental convocando al Congreso Anfictiónico de Panamá<sup>35</sup>. Realizado en 1826, en el marco del predominio de las tendencias disgregadoras de las distintas burguesías portuarias fracasó y se acabó por formar la veintena de Estados de que hoy componen a América Latina. En 1830, la Gran Colombia también se desmembró – luego de la secesión de Ecuador y Venezuela- y, más adelante, estalló en pedazos la República Federal de Centro América conducida por Francisco Morazán. En lo que respecta a nuestras Provincias Unidas, el proyecto unitario cayó ruinosamente a mediados del '27 y su absoluto divorcio con la realidad generó que el localismo porteño tarde años en volver a hacer uso del gobierno.

---

<sup>35</sup> Rivadavia no envió representantes por Buenos Aires.